

Nunca el título de un libro fué más adecuado, ceñido a su contenido, que el de esta novela de Ricardo Bacchelli. Pues “solamente de ellos (los tres esclavos) se narra aquí, no de Roma ni del mundo de entonces” dice el autor, que en su obra se propuso hacer resaltar la trascendencia del acto de estos tres “servuli” de quienes habla Suetonio en la Primera Crónica de la tragedia ocurrida en Roma 44 años antes de la Era Cristiana.

Son tres esclavos de los menos importantes, “servuli”, pero unidos al César por lazos de afecto profundo. Zalda, de origen sardo, nacido en casa del amo, amamantado por el mismo pecho que el amo; otro, Segomo, celta, traído de Galia por el mismo César. El tercero, oriental, el culto y profundo Lémula, espíritu místico que presiente la llegada de un dios distinto y adecúa sus obras y sus palabras a sentimientos ya casi cristianos.

Ésa es la vestidura que la fantasía del autor da a los tres esclavos que la historia consigna y que, únicos, en una Roma de pronto desierta como por maleficio, tuvieron el valor de ocuparse del cadáver de Julio César asesinado y de transportarlo hasta la regia morada a través de una soledad y de un silencio pavorosos. Tanto más pavorosos en cuanto que sucedían al alborozo y a la bullanguera alegría del pueblo en ocasión de las fiestas de la primavera.

En este acto de caridad, Bacchelli encuentra el punto de partida para destacar la importancia de los humildes en la vida de los grandes y en los acontecimientos que los acompañan. Más aún, para decirnos que el hombre vale por su humanidad, no por el grado en que la vida lo ha puesto. Y el autor ha querido dar a estos tres esclavos una grandeza que los eleva por encima del mundo que los rodea, al punto de llamarlos los “tres amigos libres en un mundo siervo del miedo”.

Y así es; porque están libres de la codicia que esclaviza a Calpurnia, de la ambición de Antonio y de Azia, de la vanidad de Calpurnio, del miedo de los regicidas y de casi toda la población romana. En ellos sólo habla el amor por el amo cuya humanidad han conocido tan de cerca y del cual ya se forman casi un mito, por cuya memoria están dispuestos a dar la vida.

La elocuencia y el virtuosismo de Bacchelli exceden a veces la personalidad de sus tres protagonistas, cuyas observaciones y diálogos podrían parecer, a veces, los de políticos avezados, y otras, los de profundos psicólogos. En cambio el diálogo entre Calpurnia y Azia es de una cruda vulgaridad intencionalmente buscada por el autor, como para contrastar con los nobles caracteres de cada uno de los tres esclavos pues ellos son siempre fieles a sus propósitos, a sus sentimientos, a sus creencias y esto se revela tanto en la elevada esperanza mística de Lémula, como en el recio orgullo

y anhelo de libertad de Segomo, como en la apasionada sed de venganza de Zalda.

Hay en el libro páginas magistrales, inolvidables; capítulos enteros que se vuelven a leer por gusto estético y por la emoción que despiertan. Es un libro escrito con arte, casi diríamos con artificio: más que historia es elaboración personal de la historia; sin embargo, en los momentos de más alta tensión dramática, se desvanece el intento de destacar el aspecto social y religioso y hasta la expresión se vuelve escueta, desaparece la técnica y vibra el corazón.

M. E. CHIAPASCO